Por hermosa que sea la isla de Oahu, pronto comprendo que no podría vivir aquí. Aun en invierno parecía que estábamos en un horno. A intervalos mi nariz manaba sangre y yo adelgazaba sensiblemente. Además sufría terriblemente por los mosquitos; mis tobillos estaban completamente hinchados á consecuencia de sus picaduras; en uno ó dos días más me hubieran estropeado. Además hay otro tormento, el de las pequeñas moscas, muy parecidas á las moscas de avena de Victoria, que tiran sórdidos pinchazos. Por lo tanto, supe con regocijo, á los cuatro días de estancia en Honolulu, que el *Moisés Tailor* se disponía á partir para San Francisco.

CAPITULO XXII

DE HONOLULU Á SAN FRANCISCO

Partida de Honolulu. — Naufragio del Saginaw. — El Moisés Taylor. — El servicio. — Los compañeros de á bordo. — Funcionamiento del buque. — Fallecimiento de un pasajero. — Impresiones del desembarco de un país nuevo. — Aproximación á la Golden Gate. — Fin del diario del Pacífico. — Primera vista de América.

La partida del Moisés Taylor fué evidentemente considerada como un gran acontecimiento en Honolulu. A la hora indicada para nuestra salida, una gran muchedumbre se había reunido en el muelle. Todas las notabilidades de la plaza parece que estaban allí. En primer término estaba el rey de la islas de Sandwich en persona, Kamehameha V, anciano de aspecto gallardo y majestuoso, que mide unos seis pies de alto y pesa más de veinticinco stones (1): un rey en peso y en estatura. Estaban luego los principales ministros de su corte, blancos, amarillos y bronceados. Había también ingleses, americanos y chinos, y una mutitud de kanakas de pura sangre, con el

⁽¹⁾ Peso inglés de 5 kilogramos y 22 gramos y medio. Por lo tanto, el rey de Sandwich pesaba 125 kilogramos y medio. — Nota del traductor.

mayor orden y admiración. Y en la línea donde acababa el gentío se veían varios coches llenos de señoras indígenas.

A las cuatro de la tarde en punto soltamos nuestras amarras, con tres salvas de aplausos á Honolulu que tributó una tripulación náufraga que habíamos tomado á bordo. Dejando el muelle, pronto pasamos por la barra entre las rocas que forma la entrada del puerto, y navegamos hacia oriente con rumbo á San Francisco.

He de explicar ahora lo que había dado lugar á las tres salvas de aplausos tributadas á Honolulu. El Saginaw era un barco de guerra americano que había sido enviado con la misión de volar la roca de coral que se encuentra en la isla de Midway, en el norte del Pacífico, á unas mil quinientas millas el oeste-noroeste de las islas de Sandwich, para procurar un fondeadero á la linea de grandes vapores que hacen la travesía de San Francisco á la China. Habiéndose agotado los recursos votados á este propósito por el gobierno, el Saginaw emprendió su viaje de vuelta. y el capitán determinó dar un vistazo á la isla del Océano para ver si quedaba allí alguna tripulación náufraga; pero en medio de la niebla, el barco chocó contra una roca de coral y naufragó á su vez. Los marineros, en número de noventa y tres, pudieron alcanzar la isla, donde permanecieron sesenta y nueve días, durante los cuales se mantuvieron principalmente de becerro marino y algunas provisiones que habían podido salvar del buque. La isla es completamente estéril, teniendo

sólo unos pocos matorrales y una especie de hierba seca, con millones de ratas que se supone han sido engendradas por las ratas de los buques naufragados. Los oficiales mantuvieron una estricta disciplina, y los marineros, como un solo hombre, se condujeron notablemente bien.

Finalmente, como no se viese ningún buque, cuatro marineros voluntarios se embarcaron en un bote abierto para las islas de Sandwich, que distaban más de mil millas, con el propósito de comunicar el naufragio del buque y enviar socorros á los de la isla. El bote partió, alcanzó las rocas que rodean Kanai, isla situada el noroeste de Oahu, y allí naufragó, pudiendo alcanzar la orilla sólo uno de los marineros. Así que en Honolulu se supo la noticia del naufragio del Saginaw, el gobierno mandó inmediatamente un vapor para recoger los marineros en la isla desierta; y de aquí las entusiastas salvas de aplausos á Honolulu, tributadas por los oficiales y marineros salvados del buque americano, todos los cuales hacen ahora, á bordo del Moisés Taylor, su viaje de vuelta á San Francisco.

Ahora me toca describir mi nuevo buque. Lo llaman el Rolling Moisés, pero no puedo decir si es justo el calificativo. Ciertamente es en extremo alto de cubierta y no se parece á los buques ingleses que he visto hasta ahora. Es dos veces mayor que el Ciudad de Melbourne, desplaza unas 2.000 toneladas, es de fondo plano y cala unos catorce pies cuando está cargado. Tiene un aspecto parecido al de una gran casa flotante, ó

mejor dicho, de una hilera de casas de una altura mayor de treinta pies. Las cubiertas parecen amontonadas una sobre otra, en la mayor confusión. Primeramente está el comedor, rodeado de camarotes; encima está el salón con más camarotes; más arriba se alza la tilla con numerosos departamentos para el capitán y los oficiales; y luego, dominándolo todo, está el gran eje de la máquina, justamente entre las cajas de sus ruedas. En suma, su aspecto es verdaderamente pesado y ciertamente confiaría mucho más en un barco del tipo del Ciudad de Melbourne. Me parece que en un golpe de mar el casco del Moisés correría peligro de hacer separación de cuerpos con la inmensa balumba que lleva encima.

El arreglo de los camarotes es, sin embargo, muy superior al de mi último buque; hay mucho más espacio y el conjunto de medidas para el contort de los pasajeros es cuanto puede desearse. Parece que los americanos entienden lo que es el confort en el viaje. El despensero y los mozos son diligentes y atentos, y no parecen esperar continuamente la propina, como se acostumbra en los barcos ingleses. Este buque es también más limpio que el anterior, y no se perciben en él los horribles hedores que tanto me disgustaban à hordo del Ciudad de Melbourne. Las comidas son mejores y hay gran variedad de pequeños platos, carne, estofados, patatas amasadas, guisantes, pasteles y otras cosas por el estilo. Así, por lo que concierne á la comida, pienso que estaré muy bien à bordo del Moisés Taylor.

Hace un tiempo húmedo y lo que llaman los marineros tiempo cochino, y el calor aumenta sensiblemente. Como no da gusto quedarse sobre cubierta, paso la mayor parte del tiempo abajo. Me gusta mucho la compañía, formada en su mayor parte por náufragos del Saginaw. Son excelentes y bulliciosos compañeros; me animan á conversar y echamos buenas carcajadas juntos. Algunos me cuentan interminables historias de la pasada guerra, en la que habían tomado parte, y me dicen, sin que tenga medio de averiguar si es ó no cierto, que el capitán de nuestro buque fué primer teniente del buque pirata Florida. No he encontrado en mis compañeros aquella confianza en sí mismos ó altivez nacional que dicen distinguen á los yanquis, ni les he oído una palabra de hostilidad contra John Bull. Con el propósito de sacarles de quicio, me ponía á hablar fanfarronamente de Inglaterra; pero me dejaban seguir sin contradecirme. No decían nada de política; ó, si tocaban este punto, expresaban ideas muy moderadas. En una palabra: iba bien con ellos y me gustaban mucho.

El Moisés Taylor se manifiesta más estable en el mar de lo que esperaba, juzgando por su apariencia. Tiene ciertamente un balanceo prolongado y constante, pero cabecea poco y da pocas sacudidas. Cuando le da un bandazo el mar, todo el buque tiembla de la manera más incómoda. Es un barco antiguo; en otro tiempo hacía la travesía entre Vancouver y San Francisco y está muy gastado. El enorme árbol de la máquina

sacude las barras que lo sostienen; la madera tiembla bajo el pesado choque de la máquina, y de tiempo en tiempo se abren considerables grietas sobre cubierta al virar de un lado á otro. El tiempo, sin embargo, no es tempestuoso, y el buque nos conducirá indudablemente sin novedad al término de nuestro viaje, andando regularmente como lo hace, á razón de unos ocho nudos por hora. Y como la distancia entre Honolulu y la costa americana es de unas 2.100 millas, probablemente haremos el viaje en diez días aproximadamente.

Al octavo día de nuestra salida de Honolulu ocurrió un accidente que me produjo una impresión de sobresalto. Mientras reíamos y charlábamos en el camarote, retenidos abajo por la lluvia, se nos dijo que un pobre hombre, enfermo desde la salida del puerto, había exhalado su postrer suspiro. Parece que alguna afección en la faringe le impedía engullir los alimentos. El cirujano de á bordo carecía del instrumento necesario para introducirle comida en el estómago; de modo que murió literalmente de inanición. Ocupaba el camarote exactamente opuesto al mío, y aunque yo no ignoraba su enfermedad, no llegué á imaginar que su fin estuviese tan próximo. El, sin embargo, lo sabía, y, por esto, deseaba con ansia poder sobrevivir hasta nuestra llegada á San Francisco, donde su esposa había de esperarle en el desembarcadero. Pero no fué así, y su muerte súbita nos produjo á todos una gran conmoción.

Aquel día tomamos nuestro desayuno y nuestra comida estando el cadáver yacente en el camarote. Oíamos los martillazos del carpintero que, en el gran puente, construía un ataúd para el sepelio. Cada vez que aseguraba un clavo me acordaba yo del pobre compañero muerto que yacía cerca de nosotros. Me puse á reflexionar sobre los diversos sentimientos que experimentan los pasaieros al desembarcar en un país. Algunos son simples visitantes como yo, atraídos por la vista de nuevos espectáculos; otros llegan allí henchidos de esperanza para empezar una vida nueva, y hay quien vuelve á casa y confía encontrar en el muelle antiguos amigos que le esperarán y le darán la bienvenida. Pero hay también tristes encuentros: y en este caso habría la anhelante esposa esperado en el desembarcadero, para encontrarse solamente con el cadáver de su marido.

Pero, basta de filosofía, pues estamos acercándonos á la Golden Gate (puerta de Oro). Ahora he de empaquetar mis cosas y poner fin á mi diario. Me he afanado en él en todo tiempo y á todas horas; de cuando en cuando he añadido un parrafito en los intervalos que me dejaban el mareo, el dolor de muelas y algún tic doloroso; lo he escrito bajo los arderes de un sol tropical y en medio de la llovizna y los aguaceros del Océano Pacífico del Norte; pero he encontrado en ello un placer, porque sabía que gozarían leyéndolo aquellos para quienes lo escribí, y que serviría para demostrar que en medio de mis viajes no he olvidado nunca el viejo mundo de mi tierra.

A las cuatro y media de la mañana del décimo día de nuestra salida de Honolulu, divisamos el faro de la Golden Gate, entrada de la espaciosa bahía ó ensenada de San Francisco. En seguida se produce una gran desbandada de pasajeros : todos empaquetan sus bagajes, cepillan las botas, sombreros y vestidos, y se ponen en traje de tierra. El despensero da la vuelta por el buque recogiendo sus propinas, y no queda nadie que no se agite per una cosa ú otra.

Eché mi último descanso en mi camilla, pues todavía era á primera hora de la mañana, hasta que me dijeron que estábamos junto á la orilla; y entonces me levanté, subí á cubierta y contemplé la América por primera yez.

CAPITULO XXIII

DE SAN FRANCISCO Á SACRAMENTO

Desembarco en San Francisco. — La ciudad del oro. — Las calles. — El barrio comercial. — El barrio chino. — Los revendedores. — Despedida de San Francisco. — La barcaza de Oakland. — La bahía de San Francisco. — Desembarco en la orilla oriental. — Los coches de los trenes americanos. — Los coches de Pullman. — Los sleepings. — Chinos desabridos. — El país. — La ciudad de Sacramento.

Llegamos del Pacífico por la Golden Gate, dimos la vuelta algo hacia el sur, y luego, á lo largo de la orilla oriental de la península que se adelanta para formar la bahía, vi la ciudad de San Francisco. Una gran masa de casas y almacenes de depósito se extiende á lo largo de la orilla detrás de una extensa línea de muelles. Sobre el terreno posterior que sube en declive se levantan montones de casas dominadas por algunas torres y campanarios, coronando las alturas de las colinas del Telégrafo, de Rusia y de la calle de Clay.

Pero tenemos poco tiempo para observar el aspecto exterior de la ciudad, pues ya estamos atracados al muelle. Mucho antes de que se pudiese echar la palanca entre el buque y el muelle, ya teníamos á bordo una invasión de corredores

de hotel, pregonando los nombres de sus respectivos establecimientos y distribuyendo sus tarjetas. La confusión era tremenda. Los mozos se arrojan sobre las maletas y se las llevan, á veces en diferentes direcciones, esperando cada uno asegurar un parroquiano para su hotel. Así, en muy pocos minutos, el barco fué desalojado; todos los pasajeros marchaban rápidamente hacia sus diferentes destinos, y yo también me encontré á los pocos minutos plantado en El Brooklyn, hermoso y grande hotel de la calle de Bush, situada en la parte comercial de la ciudad, con habitaciones intercaladas entre las casas de comercio.

No hace falta describir San Francisco, pues los viajeros lo han hecho repetidas veces. Por otra parte, no tiene nada que sea de gran interés, salvo para los hombres de negocios. Cada parte de la ciudad se parece á las otras. Me dijeron que algunos de los más hermosos edificios eran de estilo italiano; pero yo diría que el mayor número pertenece al orden Ramshackle (que significa ruinoso). Aunque la primera casa de la población fué construída en 1835, las calles más próximas á los muelles parecen ya viejas y gastadas. La mayor parte son de madera, y su pintura está salpicada de cieno. Pero aunque prematuramente vieja, no por eso es menos pintoresca la población. Como es natural en una ciudad de 150.000 habitantes y ya tan rica y próspera, aunque tan joven, tiene muchos edificios hermosos y algunas calles bonitas. Sin embargo, los hoteles se llevan

la palma, siendo el más bello el Gran Hotel, en un ángulo de las calles del Mercado y de Nueva Montgomery. También hay iglesias, teatros, hosnitales, mercados y todas las demás dependencias de una gran ciudad. Hacía mucho tiempo que no había visto un tráfico tan activo como el que presentan las calles de San Francisco. Toda la plaza parece estar en movimiento. Los transeuntes se empuian unos á otros; los carros y los coches circulan en todas direcciones : los hombres de negocios se amontonan en algunas calles que tienen el aspecto de una bolsa, y, á todo esto, añádanse el bullicioso tumulto y agitación de una ciudad llena de tráfico y de vida. Las tiendas de cambio de monedas son muy numerosas en las dos calles meiores, las de Montgomery y de California. Casi por cada dos tiendas hay una de cambio ó de banquero. Produce un extraño efecto la vista de los montones de reluciente oro en las ventanas, dividido en monedas de diez á veinte dólars, y los paquetes de billetes de Banco.

Juan chino está aquí en gran predicamento. Dicese que hay 30.000 chinos en la ciudad y sus alrededores. Mi extrañeza es que no produzcan una epidemia. Una tarde me pasee por su barrio y quedé sorprendido y lleno de asco por lo que vi. Hombres y mujeres chinos de la más baja ralea estaban amontonados en sus estrechas callejuelas. Echando una ojeada á sus madrigueras, vi de diez á veinte hombres y mujeres viviendo en lugares donde no dormirían dos hombres blancos. Las calles vecinas despedían un hedor

abominable La calle por donde fui debe ser de las peores, y luego me dijeron que era peligroso pasar por ella. En cada extremo de la calle observé un ancho biombo de madera, como si se quisiera tenerla separada del barrio blanco.

ALREDEDOR DEL MUNDO

Una de las molestias que habíamos de aguantar en las calles, era la de los revendedores de billetes ferroviarios. Apenas traspasábamos la puerta del hotel se precipitaban sobre nosotros hombres puestos en acecho ofreciéndones billetes para el viaje por tal ó cual línea hasta Nueva York. Debia tener el aspecto acabado de un new chum (novato); pues, en una tarde, lo menos fuí atracado tres veces por los caballeros de la reventa. Uno deseaba saber si había venido de Sydney, expresándome su admiración por la Australia en general. Otro me preguntó si marchaba hacia el Este, y me ofreció venderme un billete á precio reducido. El tercero sacó también el tema de Sydney v. para inducirme á comprarle un billete, me dijo que había trabajado allí. A todos me los quité de delante por saber que son gente de peligrosos hábitos. He oído algunas historias de jóvenes que trabaron amistad con tales sujetos y fueron á beber con ellos. La bebida contenía ciertas drogas, y el finchado de Sydney, de paso para Nueva York, se encontraba á la mañana siguiente en la calle, sin bolsa, sin reloj y sin objeto alguno de valor encima.

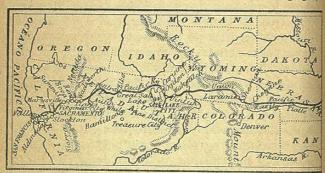
Sólo hay una ruta que atraviesa las Montañas Roquizas hasta Omaha, por las líneas del Oeste, Central y Unión del Pacífico; pero desde

alli hay varias lineas que van á Nueva York, y para asegurar un pasajero más á su respectiva línea, trabajaban tan oficiosamente los revendedores. Todos los hoteles, cafés y comercios están llenos de sus advertencias: — El camino más corto para el Este. — Los coches del palacio de Pullman circulan por esta línea. — El camino de todas las naciones. - El gran camino, vía Niágara. - He aquí algunos modelos de sus apremiantes anuncios. Decidí escoger el camino que pasa por Chicago, Detroit, Niágara y baja por el Hudson hasta Nueva York, y según este plan hice mis preparativos.

Por la mañana del 8 de Febrero salí de San Francisco. El tiempo estaba frío en comparación con el de las islas de Sandwich, y, sin embargo, había pocas señales de invierno. En el suelo no había nieve, y hacía medio día la temperatura era agradable y relativamente apacible. Sabía, no obstante, que apenas habríamos dejado la orilla del Pacífico y empezado á subir por la vertiente occidental de la Montañas Roquizas, ó antes, nos encontraríamos en pleno invierno, y me había preparado con mantas y trajes de abrigo para defenderme del frío.

Mi compañero de viaje de la Nueva Zelanda. el alemán americano de quien hablé antes, que parecía haberme puesto cariño, me acompañó hasta el muelle, donde nos despedimos con mutuo sentimiento. Había de cruzar la bahía en una balsa para ir á Oakland, de donde partía el tren para Sacramento. En el despacho de equipajes había considerable multitud, y allí dejé mis maletas, recibiendo en cambio dos contraseñas de latón, que me servirán para reclamarlas cuando llegue en el tren á Omaha. Luego me dirigí al muelle y á la balsa. Por cierto que me encontré en ella sin saberlo. Estaba tan rodeada de estacas y de construcciones de madera, y parecía de tal modo una parte del muelle, que no imaginé estar sobre su cubierta, y pregunté si llegaría pronto para llevársenos, cuando he aquí que la inmensa balsa empezó á alejarse del muelle lentamente.

Era una balsa americana ordinaria, cuya proa estaba construída en la misma forma que la popa.

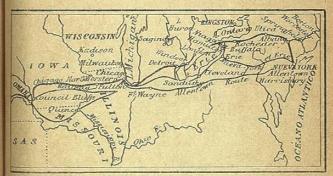


Mapa del ferrocarril del

dispuesta para ir hacia delante ó hacia atrás, y con largos puentes en cada extremo para atracar á uno y otro lado de la bahía y permitir la entrada directa de los carruajes en la cubierta principal, que estaba al nivel del muelle y parecía un holgado patio cubierto. Encima de éste había otra cubierta con un lindo salón. Allí leí el aviso de:

— Se prohibe escupir, — lo cual revelaba una mayor consideración hacia las señoras que á bordo del *Moisés Taylor*, donde de continuo se arrojaban sobre el puente salivazos y tabaco mascado, sin el más pequeño miramiento por los circunstantes, así fuesen señoras ó caballeros.

Conforme nos alejábamos del muelle, gozábamos de una espléndida vista de la ciudad, que se extendía detrás de nosotros. A lo largo del muelle había una multitud de barcos de todas clases, entre los cuales vimos inmensos costeros americanos de tres puentes, clípers construídos en el



Atlántico al Pacífico.

Clyde, bergantines, goletas y muchas otras pequeñas embarcaciones. Atravesando la bahía, vimos las verdes montañas que se levantaban á lo lejos, perderse en la niebla gris de la mañana. A nuestra izquierda, y como á medio camino, surgia una preciosa isla, en cuyo centro había una

montaña verde, que, á los ojos de un australiano, parecía ofrecer pastos excelentes, y aun se me figuró distinguir en ella una granja.

Una hora después llegamos á la orilla oriental de la bahía, donde vimos que el ferrocarril no salía al encuentro. El agua en este lado tiene tan poco fondo, que ningún buque de considerable calado flotaria allí; de modo que el ferrocarril penetra hacia dentro del agua como á una milla de distancia sobre un puente de madera. Desembarcamos, y nos metimos en el tren que nos esperaba á lo largo de la balsa; luego la máquina echó un resoplido y partió. Al alejarme de la bahía de San Francisco sentí que había dado un gran paso en mi viaje de vuelta á Inglaterra.

Durante algún tiempo seguimos rodando por el muelle casi vacilante en que están sentados los rails. Al fin llegamos á la tierra firme y atravesamos rápidamente la bonita población de Oakland pasando con estrépito por sus calles, como un ómnibus ó tranvía, tocando la campana para advertir á la gente el paso del tren. Casi nos paramos en todas las estaciones, y el tráfico local parece ser bastante grande. A uno y otro lado de la vía se extienden tierras de cultivo y paisajes de liciosos.

Dejando de mirar por las ventanillas del coche empiezo á fijarme en el coche mismo, un verda dero coche de tren americano. Es largo, y tiene un pasillo en medio. A cada lado de éste hay asientos para dos personas, de cara á la máquina; pero como los asientos pueden volverse atrás, un grupo

de cuatro viajeros puede sentarse frente á frente como en los coches ingleses. En cada extremo del coche hay una estufa y un filtro de agua helada. Las puertas de los extremos dan paso á la plataforma, permitiendo al conductor pasearse de una parte á otra.

Esta comodidad del conductor resulta muy molesta. Durante las veinticuatro horas se acerca seis ó siete veces, á menudo durante la noche, y mientras tratáis acaso de conciliar el sueño unos minutos, sentís que os tocan el hombro y véis unos ojos que os miran fijamente al mismo tiempo que os piden los billetes. Sin embargo, esto puede evitarse fijando en el sombrero una tarjeta que os entrega el conductor, con lo cual conoce á primera vista si su pasajero es ó no legítimo.

No he viajado en los coches salones del palacio de plata Pullman, aunque los he examinado, admirando sus comodidades. De día se convierten en espacioso salón con lugar suficiente para pasear, ó jugar á cartas ó al ajedrez en mesas dispuestas al efecto. De noche se arregla una doble hilera de camas confortablés y se corre una cortina por delante á fin de reservarlas todo lo posible, dejando sólo un estrecho pasillo en el centro del coche. Al extremo de éste hay todo lo que hace falta para el tocado, agua helada y la indispensable estufa.

El uso de los coches-camas cuesta un suplemento de tres á cuatro dólars cada noche. Yo me ahorré este gasto y llegué á procurarme un buen acomodo en mi coche de segunda clase. Por fortuna no venían muchos pasajeros, y haciendo uso de cuatro asientos, ó sean dos banquillos, para lo cual volvía uno del revés, colocaba las almohadas á lo largo, y arreglaba un sitio bastante bueno para acostarme por la noche. Pero si el coche hubiese estado lleno, y los pasajeros se hubiesen visto en la necesidad de permanecer sentados durante los seis días que duró el viaje, se me figura que habría llegado á hacerse intolerable hasta llegar á Omaha.

Había algunos molestos compañeros de viaje en mi departamento, varios chinos mal olientes, que fumaban pésimo tabaco, amén de otros fumadores que toman los departamentos de segunda clase como punto de reunión. A no ser por las bocanadas de aire que de vez en cuando nos proporcionaba el paso del conductor, la atmósfera hubiera sido, como lo era á menudo, de un carácter desagradable.

A unas cuarenta y dos millas de San Francisco, vi que ya nos encontrábamos entre los montes de una cordillera, atravesando y rodeando deliciosos valles, donde todas las tierras útiles eran aprovechadas para el cultivo. Describimos curvas que parecían casi imposibles, y por mi parte empecé à sentir la oscilación de los coches, no muy distinta del balanceo de los buques en el mar. Hubiese preferido que estuviésemos en verano en lugar de encontrarnos en invierno, para disfrutar mejor de la belleza de los paisajes que atravesábamos. Por lo que vi, pude comprender que el país debe ser muy hermoso bajo un sol de estío.

Hasta entonces no habíamos encontrado nieve. porque todavía nos hallábamos en la vertiente caldeada del Pacífico y no habíamos subido á terrenos muy elevados.

No tardamos mucho en atravesar la cordillera de montañas á que hice referencia, y entonces desembocamos en una llanura que continúa hasta llegar á Sacramento, capital de aquel Estado. La única ciudad de alguna importancia que habíamos pasado era Stockton, situada como á medio camino entre San Francisco y Sacramento, donde entonces nos encontrábamos. En la ribera vi espaciosos almacenes de madera, lo cual indica un comercio considerable de dicha mercancía. Los muelles eran sucios, como lo son todos en general. pero presentaban un activo tráfico. La población parecía bien dispuesta en espaciosas calles; las casas estaban construídas á distancia unas de otras, con jardines en torno de las mismas, y largas hileras de árboles corrían á lo largo de la mayor parte de las calles. Entre los edificios sobresale la gran casa nueva del Senado, ó Capitolio, que honra realmente á la población. Como la ciudad fué construída originariamente de madera. había quedado expuesta á los incendios que más de una vez la habían destruído casi por completo. También habían barrido el valle las inundaciones. llevándose consigo gran parte de la ciudad; pero habiendo sido reconstruída luego sobre estacas á Sacramento es el término del ferrocarril Occario Hills diez pies encima del nivel primitivo, ha quedado á salvo de semejantes injurias.

BIBLIOTECA UNIVERSITARI "ALFONSO REYES" dental del Pacífico, y el punto de partida de la Compañía central del Pacífico, que extiende su línea al este, hacia las Montañas Roquizas. Alli están los almacenes de la Compañía, que ocupan una gran extensión de terreno. Dícese que son muy completos y cómodos.

Muchos viajeros de nuestro tren que habían subido en San Francisco ó en las estaciones intermedias, bajaron allí, y yo experimenté gran alivio al observar que entre ellos estaban los chinos, que nos libraron así de sus desagradables emanaciones. Después de una corta parada y recomposición del tren, nos pusimos otra vez en marcha y remontamos la vertiente de Sierra Nevada, la Suiza de California.

CAPITULO XXIV

Á TRAVÉS DE SIERRA NEVADA

Ascensión rápida. — Puentes de caballete. — Perspectivas de montes. — Los placeres. — Puesta de sol. — El cabo de Horn. — Alta. — Las sierras de noche. — Cambios de temperatura. — Vertederos de nieve. — La cima. — Reno. — Desayuno en Humboldt. — La salvia. — Monte-Batalla. — Los indios soshones. — Ten mile cañón. — Estación de Elko. — Gran desierto americano. — Llegada á Odgen.

Hemos empezado ya la ascensión del país montañoso y áspero que separa los Estados del este y del oeste de la Unión, y aunque el ferrocarril central del Pacífico ha sido recientemente construído y completado, resulta una de las más grandiosas obras ferroviarias de nuestro tiempo. Conforme avanzamos, el paisaje cambia rápidamente. En vez del llano y relativamente monótono país que, durante algún tiempo, hemos atravesado, franqueamos ahora profundas angosturas, trepamos por escarpadas pendientes y atravesamos hermosos valles. A veces parece que estamos encerrados entre montañas con una barrera impenetrable ante nosotros. Pero nos precipitamos en un túnel y salimos pronto al otro lado, para encontrarnos costeando el borde del precipicio.